

**Aquí estoy, Señor,
para hacer
tu voluntad.**

-Salmo 39-



Jueves XX
Tiempo Ordinario



**DIOS SUEÑA
EN UNA FIESTA
UNIVERSAL PARA
LA HUMANIDAD:
UNA VERDADERA
"FIESTA DE BODA".**



Mateo 22,1-14

**“El reino de los
cielos se parece
a un rey que
celebraba la
boda de su hijo.”**



Dos parábolas: una, de los invitados a la boda, y otra, del invitado que no vestía dignamente. La primera se refiere a los llamados, la segunda a los elegidos. Dios casa a su Hijo. La desposada a quien ama es la humanidad. Y el Padre es feliz de ese amor. Es una de las mejores imágenes del destino y desarrollo total del hombre, de su "relación con Dios": iamar y ser amado!

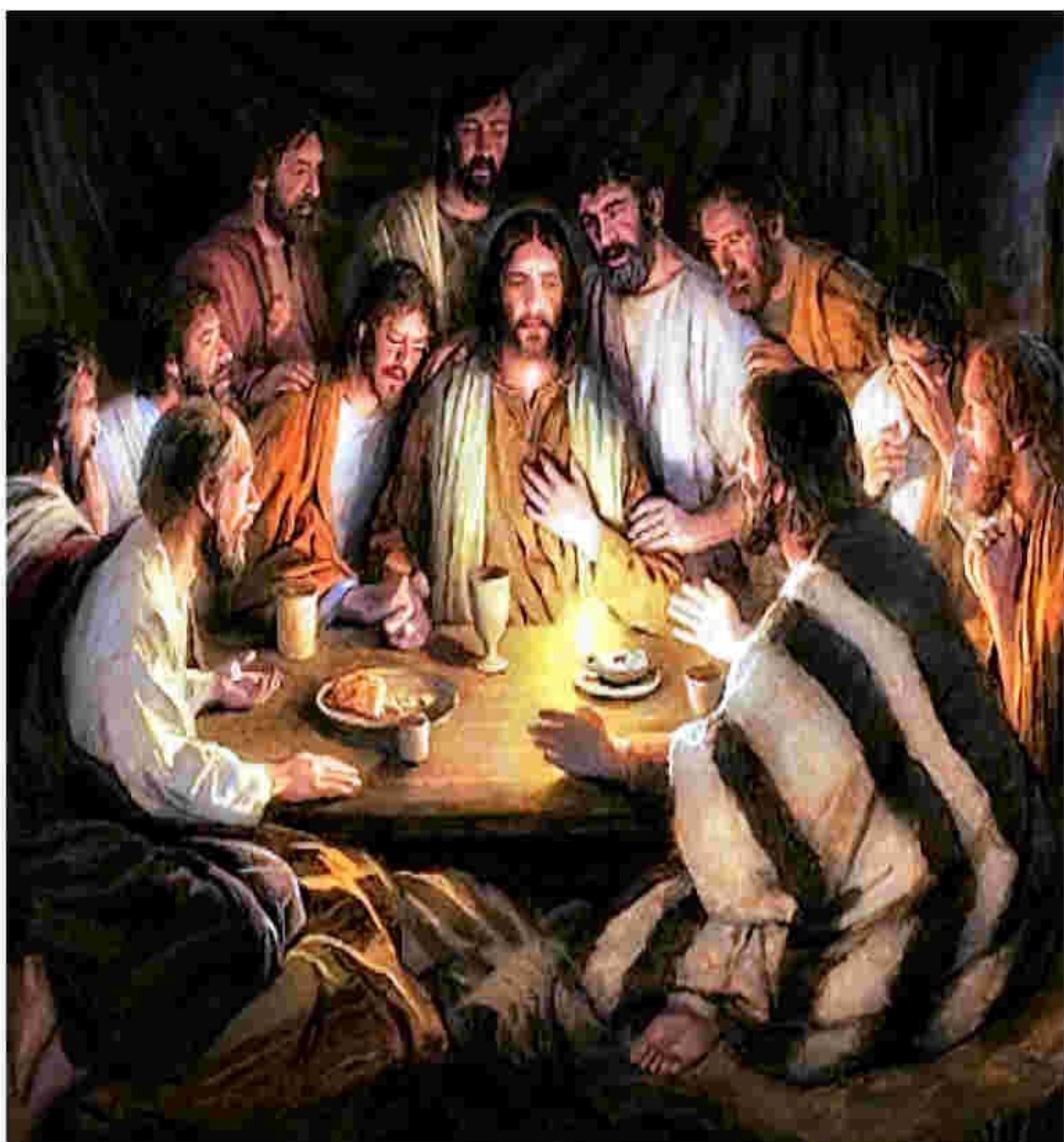
Todos y cada uno estamos invitados a responder a ese amor.



Jesús da una visión optimista de su Reino. Lo compara con la fiesta y la boda y el banquete. Y Dios nos invita y nos llama a la vida, al amor, a la fiesta. (Nosotros, ¿no andamos más bien preocupados por la ortodoxia o la ascética o la renuncia de la cruz?) Aunque muchos no acepten la invitación - llenos de sí mismos, o bloqueados por las preocupaciones de este mundo-, Dios no cede en su programa de fiesta e invita a otros.



Pero no basta con ser convidado, hay que ser elegido. No basta ser cristiano de toda la vida y pertenecer a la Iglesia, hay que “llevar el traje de fiesta” de una conversión y actitud de fe coherente con la invitación, un traje de no sólo palabras, sino de obras y de una “justicia” mayor que la de los fariseos. Sin un corazón humano, misericordioso, somos como los primeros invitados o como aquel que no llevó vestido de fiesta.



El signo central que Jesús pensó para la Eucaristía no fue el ayuno, sino el “comer y beber”; y no la bebida normal, agua, sino una bebida más festiva, el vino. Todos estamos invitados a este Banquete de Boda, sea cual sea nuestra situación en cada momento de la vida. En la limpieza y belleza del corazón, invisible para los hartos y poderosos, es en lo único en que se fija el Rey y Señor para poder participar en su Banquete.



Hemos de despojarnos
del "hombre viejo",
con sus obras...

y revestirnos
del "hombre nuevo":
revestirnos "de Cristo".